

Santa Isabel
MAYO 1965

la guinea española



Año LXII
Núm. 1591

TRANSPORTES GENERALES

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Lineas

SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

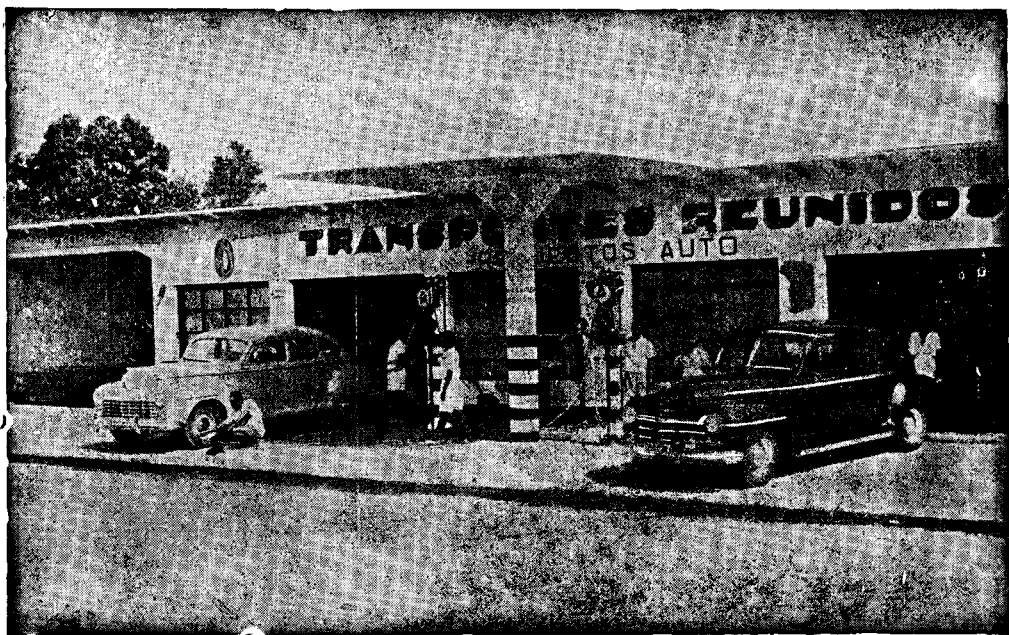
Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras

RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES

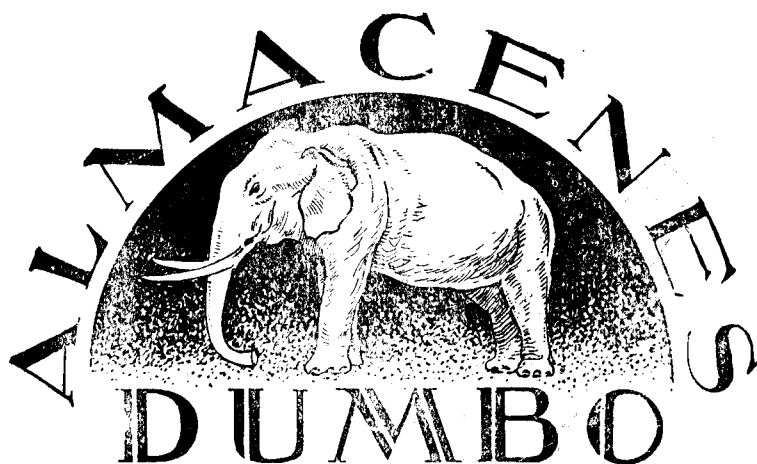


Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios



de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Ultimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{os}. 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

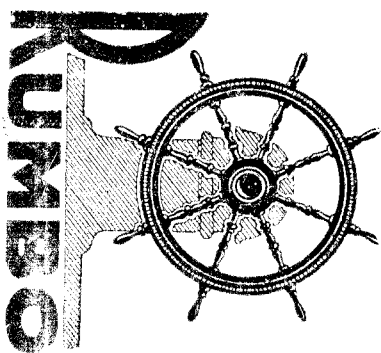
Los tabacos



ATLANTIS

Son..

¡¡ Magníficos !!



la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

Año LXII Núm. 1591

Santa Isabel, Mayo de 1965

Depósito Legal—F. P.. 10—1959.

Sumario

	Pág.
Historia del Sudesde de la Isla, <i>por el R.P. Tomás Martínez C.M.F.</i>	106
Mitos, leyendas y tradiciones del pueblo fang, <i>por Ramón Perramón C. M. F.</i>	111
El Africa Ecuatorial Española a través de la novela y de la poesía, <i>por Carlos González Echegaray</i>	115
Datos históricos sobre el origen de la Misión de la finca de Banapá.....	130
Por tierras de Africa.....	135

PORTADA

Es muy fácil jugar con
una serpiente viva

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria	75	pesetas
De bienhechores	100	pesetas
Número suelto	10	pesetas

Historia del Sudeste de la Isla

Concepción, capital frustrada de Fernando Poo

Por Tomás Martínez, c. m. f.

Biapa — Concepción

La bahía que se abre al Este de la Isla era conocida por los antiguos bubi con el nombre de «Riabba besó».

En un rincón de la bahía, concretamente en el lugar ocupado hoy por la casa del Comandante de Puesto, se alzaba como un centinela una piedra muy significativa para aquellos naturales. La piedra se llamaba «Omoa labua». Hace ya tiempo que dicha piedra rodó al mar abandonando su hierático puesto.

Esta bahía bautizada con el nombre de Concepción continúa llevando —cosa que no ha ocurrido con la de San Carlos— su nombre antiguo bubi, aunque algo camuflado.

El «Riobba» de los naturales y el «Diabba» de los misioneros baptistas se ha transformado en el «Biapa» actual. Con este nombre se denominan generalmente todos los terrenos y fincas que se extienden alrededor de la bahía. *Concepción* es esa misma bahía y es oficialmente ese grupo de casas formado por la Sanidad y el Puesto militar. Y es la Misión la Católica única

superviviente de aquel pueblo que durante años llevó con honor el nombre de *La Concepción*,

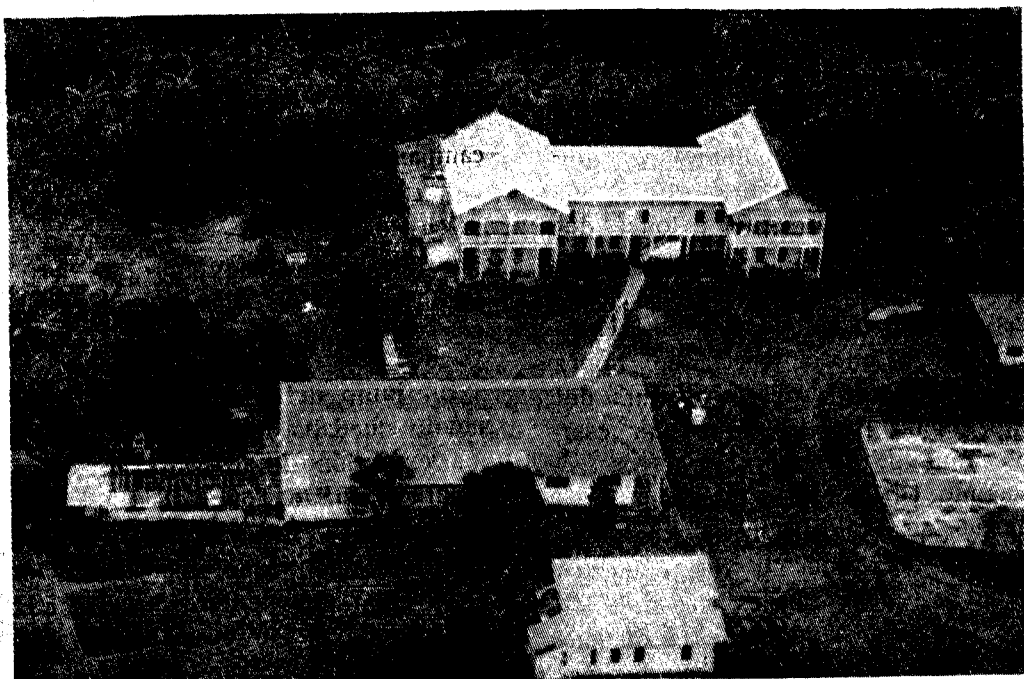
Una ciudad sin existencia

Quien haya visto algún mapa de la Isla habrá notado en la parte oriental la bahía de Concepción, un círculo de esos con que los geógrafos suelen señalar las ciudades de alguna importancia y al lado con letras gruesas:

CONCEPCION.

En los mapas de estos territorios se han señalado de ese modo los centros administrativos de cada demarcación. En Concepción la cosa no ha quedado ahí y se le ha asignado una auténtica categoría de ciudad.

En la Isla los tres centros importantes de población como puede leerse en algún manual de geografía son: Santa Isabel, San Carlos y Concepción. LA CONCEPCION. Puerto al Oriente de Fernando Poo, casi es el mismo paralelo de San Carlos, con servicios oficiales, Misión Católica, colegios, muchas plantaciones que dan cacao y



En la bahía de Concepción es la misión católica «la única superviviente de aquel pueblo que durante años llevó con honor el nombre de la Concepción.»

otros productos, que se exportan, y varios comercios y factorías. Hay proyecto de unir por ferrocarril a La Concepción con Santa Isabel y también con San Carlos». (La Guinea y el Sahara Español en cifras». Por Eduardo Navarro Salvador).

En otra parte se dice que Concepción tiene calles anchas y rectas. Todo esto, en si muy explicable para los que no han vivido en Concepción, tiene un origen que se remonta a la llegada de los españoles a esta parte de la Isla.

Antecedentes históricos

El 9 de diciembre de 1779 D. Joaquín Primo de Rivera desembar-

caba en la bahía que desde entonces llevaría el nombre de Concepción. Al pisar tierra se izó por vez primera la bandera de España en aquella parte de la Isla y ante la tropa formada vitoreó siete veces al rey. Con ello la Isla abría sus puertas a una nueva corriente de vida.

Los fundamentos de una ciudad

Intencionadamente habíase escogido esta bahía en lugar de la de San Carlos para fijar el establecimiento definitivo de los nuevos encauzadores de la política insular. A éllo contribuyeron las condiciones de este lugar que entonces parecieron inmejorables. La bahía quedaba un poco más resguardada que la de Oe-

semba o de San Carlos; había agua en abundancia, terreno llano y sobre todo miraba al gran continente africano con el cual se pretendía establecer relaciones económicas y políticas. D. Joaquín Primo de Rivera había escrito por aquel entonces que aguardaba la llegada de nuevos refrescos para «reconocer algunos puertos y ensenadas que hay en la proximidad y en la costa de López Gonzalo y en la desembocadura del Río Gabón para allí formar un establecimiento».

Cuando escribía esto D. Joaquín el puesto de Concepción se componía de 547 individuos y los refuerzos pedidos salían meses más tarde de Las Canarias. A parte de la oficialidad y de la numerosa tropa de mar y tierra había capellanes, cirujanos, ministros o empleados de Hacienda artesanos y un crecido número de indígenas venidos con la expedición.

La expedición estableció el campamento en el lugar que más tarde se conocería con el nombre de Punta Cañones. Poco después los pobladores de los numerosos pueblos vecinos de esta bahía movidos por la curiosidad primero y más tarde por el interés fuéronse acercando al nuevo poblado aparecido inesperadamente entre ellos y que estaba destinado a ser lógicamente capital de estos territorios.

El lugar geográficamente considerado estaba bien elegido pues quedaba cerca de la capital bubi y por otra parte se hallaba enclavado en medio de numerosos pueblos todos ellos henchidos de habitantes.

Sin embargo las cosas iban a tomar un sesgo bien diferente debido a los acontecimientos que inesperadamente se precipitaron sobre el **campamento de la bahía de Concepción**. La peste, las epidemias y diversas enfermedades se cebaron despiadadamente en aquel grupo generoso de hombres diezmándole en pocos meses

En junio del año 1780 el campamento quedaba reducido a su mínima expresión después del envío de enfermos a Sao Tomé de modo que cuando el 30 de octubre del mismo año los amontonados consiguen levantar el campamento y hacerse a la mar rumbo a Sao Tomé en la única fragata que había quedado a penas si había personal sano para maniobrarla.

La retirada era forzosa y momentánea. Forzosa porque el comandante del puesto fue detenido y depuesto por la escasa tropa que había sobrevivido a la muerte; él había recibido órdenes de tomar la Isla, no de abandonarla. Fue momentánea pues tan pronto recobró el mando pensó nuevamente volver a Concepción con los refuerzos que esperaban en Sao Tomé.

Después de esta salida de Concepción, que resultó ser definitiva, la Isla quedó de nuevo en el olvido hasta el año 1826, año en que los ingleses que andaban buscando cómo meterse en los territorios del Níger se apercibieron de la bondad de Fernando Poo y en consecuencia lo escogieron como «punto de apoyo» para sus planes en la vecina costa.

La presencia inglesa en el norte de la Isla dió lugar a Clarence, centro administrativo y residencial de los británicos en el golfo de Biafra.

En el año 1842 una nueva expedición española al mando de D. Juan José de Lerena vuelve a hacer acto de presencia en la Isla desembarcando en la bahía de Clarence cuya colonia había sido abandonada por los ingleses ante las protestas del gobierno español. También Clarence, como Concepción, como todo puesto tropical, levantóse sobre las fosas de un gran cementerio alimentado casi a diario por un hospital atestado de enfermos.

Lerena ni nadie piensa desde el

primer momento de la llegada en aquel puesto olvidado largos años atrás en Concepción. Clarence ofrece incontables ventajas; es ante todo una pequeña ciudad, en embrión, en donde hay lo más necesario para la vida

Lerena la considera por eso apta para asumir la capitalidad de toda la Isla y de los nuevos territorios que se la pudieran unir y decide darle tal título. Para ello con una solemnidad y pompa desacostumbradas todavía en estos territorios cambia el nombre de Clarence por el de Santa Isabel y acto seguido nombra el primer gobernador de la Isla.

Ventajosamente y sin esfuerzos la expedición se había hecho con una



Bahía de Concepción. A éste pequeño conjunto se reduce en la actualidad
«La frustrada capital de Fernando Poo»

capital. Concepción a partir de esa fecha pasaba a ser un mero recuerdo histórico y su capitalidad quedaba enterrada para siempre al igual que sus cañones en una costa bravía y espumosa del Este de Fernando Poo.

De haber cuajado en Concepción la capitalidad de la Isla se hubiese topado con las mismas dificultades que hoy ofrece este lugar: lugar insano por sus tierras pantanosas — el pantano «Lokoto» o «Lodo» ocupa una buena extensión de terreno; lugar sumamente pedregoso y minado todo él, en el sitio en que se estableció el campamento, por grandes y largas cuevas; uno de los focos principales de la enfermedad del sueño... por otra parte su dinamismo, propio de todo nuevo ser hubiese quedado encerrado en aquella explanada limitada por una parte por los montes de Moka y de Moeri y por el Este por los grandes barrancos que han hecho hasta nuestros días impracticables los caminos en esa dirección.

Sin embargo Concepción en los años posteriores, al extenderse paulatinamente la acción benéfica de la capital, fue considerada como un hito al que había que llegar por el Este de la Isla.

No se explica cómo no llegó a crearse en esta parte un importante centro comercial y administrativo teniendo a la espalda una zona pobladísima y a pocos pasos la capital de la población bubi.

La actualidad de Concepción

En la actualidad Concepción continúa siendo poca cosa. Es el término de esa línea asfaltada que une su bahía con la de San Carlos.

Lo que se pudiera llamar centro de Concepción está formado por unos cuantos edificios oficiales: casa del Comandante de puesto, cuartel de la guardia territorial, residencia del médico, pabellón de enfermeros y por la nueva zona Sanitaria que se compone de hospital de nueva planta, y casas para enfermeros y enfermeras, casa de las MM. Oblatas quienes además del hospital dirigirán un pequeño colegio.

Existe también una esbelta capilla capaz para el personal que se congrega en los días festivos. Hay servicio de correos y telégrafos. Se dan aquí los pilares de toda población o agrupación humana.

Sin embargo hay algo que no la va a hacer prosperar y es ante todo su aislamiento; y es ese cinturón de cacao que rodea todo eso que se llama Concepción «Biapa»; y es esa falta de comercialidad que ofrecen de por sí todas esas instituciones ya que no hay en los alrededores núcleos de población que atraigan el comercio.

Por eso Concepción continuará siendo eso: una desilusión para todo aquel que llega a su bahía por vez primera: Un lugar en donde la carretera, signo de progreso y de comodidad, se hace camino torturante e hiriente, lenguaje duro para todos los que la pisan.

MITOS LEYENDAS Y TRADICIONES DEL PUEBLO FANG

Plantas supersticiosas y árboles tutelares

La vida íntima del pueblo Fang se desenvuelve en un mundo de misterio, y para captarla debemos estudiarla en zonas no influenciadas por la mezcla de otras culturas. Cada vez es más difícil encontrar esas agrupaciones humanas donde se vive la auténtica vida Fang, ya que la Civilización, a Dios gracias, entra por todas partes.

No hace mucho tiempo tuvimos la oportunidad de visitar una apartada región de Río Muni, un tanto alejada de los centros comerciales y urbanos y, gracias a la buena voluntad de la gente, pudimos tomar unas «Notas» que pensamos serán del agrado de los lectores. En este número hablaremos de las plantas y árboles supersticiosos.

En muchos de los poblados es frecuente ver, delante de algunas casas, ciertas plantas que a cualquiera que no esté al corriente de las costumbres de los pámbos no le dirán nada ni se fijará en ellas. Sin embargo posiblemente debajo de ellas haya restos humanos de algún antiguo personaje. Son plantas y árboles tutelares o totémicos.

Hoy no vamos a profundizar sobre esta materia porque nos llevaría de-

masiado lejos; nos contentaremos con describir lo que hemos visto últimamente.

Acompañados del catequista y de otras personas entramos en una casa en la que únicamente vivía una mujer bastante vieja. Pregunte a mis acompañantes qué significaba una grande mata de flores que había delante de su casa. De momento nadie contesta, lo cual me hizo sospechar que era lo que pensaba, una planta supersticiosa. Una vez que estuvimos en la calle insistí de nuevo, y entonces alguien me dijo que era un adorno. No me lo creí; primero porque de sobra sabía lo que era, pero deseaba que alguno fuera sincero. Efectivamente no pasó mucho tiempo cuando supe que aquella mujer era la comadrona del pueblo y se aclaró el misterio.

Aquella planta es el *CRINUM NATANS*, en pámbue se llama «AYAN MBONG.» y como veremos, tiene relación con ciertos ritos de la generación. Esta planta da unas flores blancas y se reproduce rápidamente por medio de unos tubérculos o pequeñas cebollas, la cual propiedad se aplica para los fines que vamos a detallar.

La comadrona, curandera o bruja que de todo debía de tener un poco ha-

EL BAOBAB



Arbol supersticioso venerado en todo el Africa Ecuatorial; pertenece a la familia de las Bombáceas y se distingue por su longevidad. Adanson calculaba en algunos árboles hasta 5.000 años de existencia. En algunos ejemplares se han encontrado momias humanas y restos de industrias prehistóricas en el interior de su tronco. El diámetro del Baobab alcanza medidas fabulosas. En el Sudán existe un ejemplar que a la distancia de un metro del suelo tiene 18,50 metros de circunferencia.

Produce unos frutos alargados semejantes a las longanizas. Tanto las semillas de estos frutos como las demás partes del árbol tienen propiedades medicinales o industriales.

J. G. Adam en NOTES AFRICAINES, abril 1962, trae una lista de más de 75 aplicaciones principalmente medicinales. También se sacan de él productos alimenticios, textiles, gomas etc.

Por todo lo dicho no es extraño que se tenga respeto y estima rayando a la superstición.

Nosotros sólo conocemos un ejemplar que hay en la isla de Annobón debajo de la Misión. Los annoboneses le tienen miedo a ese árbol y le llaman Pangola, o árbol del diablo.

ce sentar sobre esta planta a las mujeres que están en estado interesante y después de haberlas examinado dictamina si tendrán un parto feliz o desgraciado.

Otra aplicación similar tiene también esta planta; sirve para afianzar el vínculo matrimonial. Si el marido nota que el afecto de su esposa se va enfriando prepara en una escudilla de madera ciertos medicamentos mezclados con aceite de palma y en compañía de su esposa se dirige al si-

tio del poblado donde está esta planta, que en varios sitios está circundada por un redondel de piedras que declaran el lugar como zona «tabuada o prohibida». En una de estas piedras hace que se siente la mujer y a continuación la unge con el unguento que tiene preparado; a continuación unge también la piedra donde está sentada la mujer. Así como la piedra está clavada en el suelo y por sí misma no se puede mover así la mujer «que no se separe del marido»

Además sirve también esta planta

para dar fuerza y vigor a los niños pequeñitos; a este fin cuando la madre observa que su hijito va enflaqueciendo lo lleva a este lugar y hace sentar al niño sobre la mata de dichas flores.

Otras plantas misteriosas.

Otras veces es una chumbera delante de una casa o cerca del salón «Abá». Esta planta es también supersticiosa y, según dicen es para coger a los brujos. Según la mentalidad de los primitivos todo objeto puntiagudo es apto para esta «medicina». Para dar más fuerza mágica a la planta, se le adhieren trocitos de troncos espinosos y también trozos de cristal. El miedo que tienen algunos a estas «medicinas» es enorme. Tal vez tenga su origen en la costumbre antigua de envenenar a la gente por medio de pequeños pinchos a los que adherían estrofanfo.

En ciertos poblados emplean para el mismo fin la pita o Anaquén. Si bien es verdad que algunas veces esta planta sirve para extraer de ella una fibra muy resistente empleada por los pámués para tejer cuerdas, también es cierto que se emplea como planta supersticiosa por razón de tener unas púas muy aguzadas.

El «Iko» o «Kigelia» de los bubis.

También en Río Mini parece que veneran o respetan este árbol. Se ve en Corisco, Elobeyes y, sobre todo, en la zona costera. También se encuentra en plena zona Fang, pero en menor escala. Que es utilizado como

árbol tutelar o totem, no cabe ninguna duda, pero a pesar de nuestro interés no hemos podido recoger ninguna información convincente. Cuando se les pregunta sobre ello, en general muestran desagrado o responden con una evasiva. Hay indicios de que se utiliza como cerca o seto. Pero seguramente que tendrá otras aplicaciones. Es cierto también que tiene propiedades medicinales.

El árbol «Oveng»

Entre los árboles tutelares más venerados está el «OVENG.» Es cosa bien sabida que los antiguos pámués, al fundar un nuevo poblado, solían plantar un árbol, y ese árbol era como el guardián o espíritu tutelar del pueblo. Cuando fallecía un jefe recostaban el cadáver junto a ese árbol.

Era también frecuente que el poblado tomara el nombre del árbol tutelar. Un buen ejemplo lo tenemos en el poblado de OVENG ESEN de la demarcación de Ebebiyin. Este pueblo sin embargo no está en el mismo lugar que estaba cuando se fundó. El primitivo no está lejos; parece que está a la otra parte del río Kié del Gabón. Aun hoy día se conserva el «Oveng» que en su día plantara el fundador del pueblo, ELA ABACA

Otro árbol típico

En algunas tribus el árbol tutelar plantado con ocasión de fundar un nuevo pueblo, está a la entrada del mismo y muy cerca del salón de la reunión y acostumbran introducir debajo del mismo árbol una «medicina».



Poblado «fang» con el árbol tutelar en medio de la plaza

Pero otros esa «medicina» la colocan afuera y suele consistir en un nido de unos diminutos insectos que pican enormemente si alguno se atreve a manosearlos. Se trae del bosque cuando todavía es pequeño y se ata al árbol sagrado. Esos insectos o pequeñas hormigas, segregan un líquido con el que van construyendo su vivienda, la cual se pone tan dura que para destruirla hay que echar mano de un machete. La «medicina» que se introduce en la tierra actúa a largo plazo, mas no la que se ata al exterior; aquélla puede ser contrarrestada, mas no ésta, la cual no tiene antídoto posible.

La primera vez que vimos esta clase de talismán fué en un pueblo del Gabón de los alrededores de Ebebiyín hace ya bastante tiempo, pero no supimos hasta hace poco el significado completo de esta tan rara «medicina». Con todo, ya entonces nos llamó poderosamente la atención la actitud de sorpresa de nuestro acompañante. Así que topamos con el árbol y el enjambre me dice: «Qué suerte que ha tenido el Dueño de este poblado en conseguir tan buena defensa».

Continuará

El África Ecuatorial española a través de la novela y de la poesía

Por Carlos González Echegaray

**Miembro del del Instituto de Estudios Africanos y del
International African Institute**

**(Conferencia pronunciada por el autor en Madrid en el salón de actos
del Consejo Superior de Estudios Africanos)**

El título de esta conferencia anuncia un tema concreto, demasiado concreto para mi gusto, ya que una mayor amplitud en él me hubiera permitido evadirme a campos más despejados y fáciles, pero puesto que yo lo elegí, a él debo ceñirme. No obstante es preciso hacer antes unas apreciaciones de tipo general que centren el tema dentro del ambiente de la literatura universal sobre África.

Es bastante corriente la creencia de que el interés de la literatura europea hacia los temas africanos arranca precisamente de la moda del «negrismo» uno más de los «ismos» culturales que vamos presenciando en este siglo. Pero en realidad procede de bastante más atrás, de la segunda mitad del pasado siglo, de aquella época en que los relatos heroico—aventureros de Mungo Park, Serpa Pinto, Livingstone y sobre todo, los del periodista Norteamericano Stanley—gran orquestador a bombo y platillo de lo que otros exploradores europeos habían hecho con la discreción de un concierto de cámara abrieron un amplio panorama de in-

terés sobre países que hasta entonces no se habían considerado dignos de interés literario.

No es que se ignorasen o desconociesen los temas africanos. Ya había nacido el siglo a la sombra de las pirámides, en Abukir, y la resonancia africana tuvo su eco a lo largo de las campañas de Argelia en la primera mitad de la centuria. En España tomó calor la preocupación de África—y también se manifestó en las letras y las artes patrias con motivo de la guerra de Marruecos, la mercedamente llamada «guerra romántica» cuyo centenario acaba de celebrarse hace dos años.

Pero es en esta etapa legendaria de mediados de siglo, al tiempo que la exploración del continente negro se infiltra hacia el interior del mismo cuando empieza a verse en el África ignota un nuevo tema literario. Y los relatos de los exploradores, ilustrados con primoroso cuidado por acreditados grabadores, se difunden en las revistas ilustradas y en entregas a domicilio. No tardarán en seguirles por ese rumbo las novelas de escritores y profe-

sionales, como Julio Verne.

A fines de siglo XIX los episodios vivos de la guerra del Sudán, con la legendaria muerte de Gordon, y pocos años después la cruel guerra anglo-boer en Africa del Sur, mantendrán encendida la llama de este interés en el candelero de la actualidad periodística y, en consecuencia, de la literatura.

Surgen paralelamente las nuevas tendencias estéticas, como el «exotismo» con tanta devoción cultivado por el Vizconde de Vogüe, por el marino Pierre Loti por Pierre Benoit (estos dos últimos verdaderos africanistas literarios) y ya en plena revolución artística se van introduciendo los nuevos

valores estéticos literarios del mundo negro-africano; es cuando aparece la invasión en todos los campos de la cultura y del arte de lo que ha dado en llamarse «negrismo» movimiento que no hay que confundir con la actual «negritud» de las colonias y ex colonias francesas en América. Entoces suenan los nombres de Paul Guillaume, Apollinaire, Blasise Cendrars que tanto deben y a quienes tanto debe la cultura negra en lo universal. Son los tiempos en las artes plásticas de fauves y cubistas que toman motivos, asuntos y estilos de las artes negras. Recordemos la influencia negra en Picasso y no olvidemos la estela en la literatura francesa y europea del viaje de Andre Guide por



Grabado de 1861. Tomado de la obra de Tomás Hutchinson «Diez años de viajes entre los negros».

Africa y los dos libros que sobre él publicó.

La primera guerra mundial con el ajetreo de gentes de color reforzó la difusión de lo negro, y así, entre los felices veinte y los menos felices treinta, se sucede el avance arrollador del «jazz», el triunfo en los escenarios de todo el mundo de la Baker y otras estrellas de color y sobre todo, el nacimiento del superrealismo, que va a aprovechar y difundir más extensa e intensamente los valores negros. Son ahora los nombres de André Breton, Paul Eluard y del africano Aimé Césaire los que incorporan lo negro a la literatura de nuevo cuño.

Y así llegamos a nuestros días en que la ebullición política y social de aquel continente ha conferido nueva categoría de sensacionalismo a todo lo que de allí venga, y, aunque quizá actualmente su influencia no es tan ostentosa como en los tiempos del futurismo y del «jazz», siguen pesando sobre la cultura actual los factores de afro-negrismo que, preciso es reconocerlo, han comunicado a la literatura al arte universales una autenticidad y un realismo simbolista (valga la paradoja) libertadores de tanto academismo acartonado y muerto. A estos factores de orden político ha venido a unirse una circunstancia de tipo filosófico cultural: la aparición del existencialismo (recuérdese la atención de Sartre y la de Camus al tema negro africano), y también otra de carácter religioso, que es la abundante floración de clero indígena, muchos de cuyos miembros se han formado en Europa y han asimilado el interés y la preo-

cupación por el tema africano que vibra hoy en toda la cultura occidental.

Ciñéndonos al tema en cuanto a la geografía, el título de la conferencia se refiere a Guinea, pero bastaría con interpretar este nombre en su sentido lato y clásico, es decir, en la dimensión geográfica de «Las dos Guineas» para encontrarse con que en nuestra literatura hay alusiones constantes a aquellos países y sus gentes. Ya en pleno Renacimiento son constantes las referencias, tanto en el teatro como en los demás géneros. Recordemos los numerosos personajes negros que aparecen en las obras de Lope de Rueda, Quiñones de Benavente, Mira de Amescua, Lope de Vega, Simón Aguado, Góngora, Quevedo y Juan Bautista Diamante y otros más. En dichos autores muchos de sus protagonistas negros aparecen denominados con el apelativo de «guineos», adjetivo más castizo que los que hoy predominan en el uso, «guineano» y «guineense» que, a nuestro entender deben ser sustituidos por aquél. «Guineo» figura como voz castellana en el sentido de negro de Guinea desde el «Tesoro de la lengua» de Sebastián de Covarrubias Orozco, hasta la última edición del diccionario de la Academia Española, lo que no puede decirse de las otras dos voces citadas.

Por eso decimos que si consideramos el nombre de Guinea en sentido amplio, todos estos negros llamados «guineos» deberían figurar en nuestra selección y más todavía algunos otros en que se cita exactamente el lugar de procedencia, como en la comedia «Servir a señor discreto»



Desembarco en Fernando Poo en 1841. Diseño de la época tomado de la revista «The Missionary Herald»

de Lope de Vega en la que la mulata Elvira dice textualmente.

*«En Biafra nació
mi madre y mi padre en Lima».*

con lo cual queda atestiguada su oriundez en la bahía que baña nuestras provincias ecuatoriales.

Pero no nos vayamos por las ramas y centrémonos de nuevo, y esta vez ya definitivamente, en el tema, aclarando también que no hemos de limitarnos a hablar con criterio estricto de novela y poesía, en primer lugar, porque a veces es imposible concretar dónde termina la novela y dónde empieza el libro de viajes o el cuento o el ensayo; en segundo lugar, porque sería pecado de lesa

crítica el pasar por alto esos otros que, en tema como éste tienen acaso mayor importancia que la novela o la poesía propiamente dichas.

Incluyendo, pues, toda la literatura en este epígrafe, nos encontramos con que las dos provincias ecuatoriales no han tenido mucha popularidad en nuestra literatura. Pero esto no es extraño, si comparamos su escasa extensión territorial y población con las de otras regiones africanas que han ocupado y preocupado a los escritores e ingenios de otros países europeos. Por otra parte no perdamos de vista que la colonización de la zona continental data de poco más de medio siglo y la efectiva de Fernando Poo no mucho más del siglo de antigüedad. Además, Fernando Poo, aunque ha sonado mucho

en España durante el pasado siglo, siempre tuvo mala prensa y normalmente aparecía con su leyenda negra de lugar de destierro político, de fiebres mortales, un infierno en el trópico, en fin.

En tales condiciones puede comprenderse fácilmente que aquel país fuera más objeto de áridas polémicas que de novelas y de poesías.

Vayamos con las primeras. Tomando el término de novela en un sentido amplio casi de obra literaria en prosa, podríamos agrupar las que hemos podido localizar en los siguientes: libros de viajes, novela—pretexto, novela—novela y literatura misional.

Libros de viajes

Ya hemos insinuado que lo más abundante en la bibliografía literaria guinea son los libros de viajes o descripciones geográficas, como quera-mos llamarlas. Finalmente, desde mediados del siglo pasado, y ya con las primeras expediciones a Fernando Poo, empieza a brotar una abundante producción de libros, opúsculos y folletos relativos a dichos viajes, a las dificultades halladas y a las posibilidades para el futuro. Es curioso que la isla de Fernando Poo siempre ha sido motivo de atención para los numerosos arbitristas que ha padecido España en las dos últimas centurias y que resolvían sobre un montón de cartillas --como otros sobre el marmol de un velador del café-- los más arduos problemas sociales políticos y económicos.

Sólo vamos a citar aquí, en este género de libros de viajes, aquellos que

muestran cierta preocupación de estilo y van envueltos en un ropaje literario que permite diferenciarlos del libro puramente erudito o práctico

En este sentido, sólo muy de pasada podríamos citar los nombres de aquellos adelantados (no nos gusta nada la palabreja de moda «pionero») románticos que a mediados del pasado siglo iniciaron la colonización efectiva de Fernando Poo. Son Martínez y Sanz, Usera y Alarcón, Moros y Morrellón y tantos otros seguidores suyos que fueron dejando en letra impresa los recuerdos de sus penalidades, de sus ilusiones y observaciones científicas. A esta primera etapa sucede otra ya en el último cuarto del siglo en que los exploradores con mejor formación o militares o marinos con decidida vocación colonial publican sus proyectos y los resultados de sus viajes. Recordemos los nombres de Pellón, de Iradier, de Osorio, de Navarro, de Granados y de tantos otros cuyo número va aumentando a medida que nos acercamos a 1900.

Pero no podríamos pasar así, con una simple mención, el nombre de Iradier.

Es mucho lo que significa su famosa obra «Africa» para que nos contentemos con ello. Se trata del cuaderno de notas del heroico viajero. En realidad «Africa» participa de todos los géneros: es una obra científica y literaria a la vez, objetiva a veces como un árido tratado de geografía y otras subjetivas como las páginas de un diario íntimo. No podemos discernir en conjunto el valor científico de este libro, porque somos profanos en las ciencias de la naturaleza y por

consiguiente, no podemos juzgar lo que aquel esfuerzo representa en el medio cultural de su época.

Pero es inevitable —aunque sólo sea de pasada— constatar que la polifacética actividad de Iradier no supone la ligereza y superficialidad que hoy se admite de antemano en ese tipo de erudito que «sabe de todo». Iradier, aunque en muchos aspectos fué un iluminado con intuiciones de profeta, no cabe duda que estaba firmemente afincado en su época y que, aún en medio de su carácter aventurero y soñador, pensaba y sentía al compás de cualquier hombre de su tiempo. Y en aquella época esto era lo frecuente, casi lo natural: un Castelar político e historiador, un

Echegaray matemático, físico y dramaturgo, un Valera diplomático y literato, un Alarcón periodista, soldado, novelista y político... Pero si este fenómeno se daba comúnmente en otras profesiones, el hombre que se sentía acuciado por la vocación de explorar países exóticos debía poseer esta multipolaridad en grado sumo porque había de valerse por sí sólo en un medio extraño y muchas veces hostil, y hacer por sí mismo observaciones, tomar datos y hasta deducir consecuencias de unos y otros. Hoy, que a penas quedan países inexplorados ni se da el tipo del explorador, sino que la ciencia moderna envía grupos de especialistas equipados cada uno para su misión concreta, no se concibe ni se puede valorar el esfuerzo



Grabado de 1841 que representa Punta Fernanda con el pico de Santa Isabel. Esta tomado de la revista de la sociedad misionera baptista.

intelectual de hombres como Iradier, que salvo su carrera de Filosofía y Letras, el resto de su bagaje científico debió forjarlo a base de trabajo constante y personalísimo. Hemos dicho que Iradier fué un hombre de su época en todos sus aspectos y, por consiguiente, también lo fué como escritor. El tono de su estilo, en términos generales, es esencialmente decimonónico, me refiero a esa amalgama de notas literarias que se da en los escritores de fin de siglo, producto de la mezcla de elementos de romanticismo con realismo y naturalismo que, en resumen desembocan en un amaneramiento tan académico como el que se trataba de derrocar a principios de aquel siglo.

Este estilo que hoy consideramos decadente y que en Iradier más tenía de realista (a pesar de ser escrita su obra en plena efervescencia del realismo), se manifiesta principalmente en aquellos capítulos y pasajes en que el fondo eminentemente «Siglo XIX» pide una forma concorde: Así, cuando Iradier, al hablar de la muerte de su hija, la pequeña Isabela, vuelca su alma en unos párrafos auténticamente líricos, insensiblemente pasa a los temas eternos de la muerte y el alma, y de allí a exponer todo un sistema cosmológico no muy ajeno a las teorías evolucionistas y que, en medio de los grandes misterios de la vida en el mundo, nos habla de átomos de hidrógeno, de moléculas y del carbono.

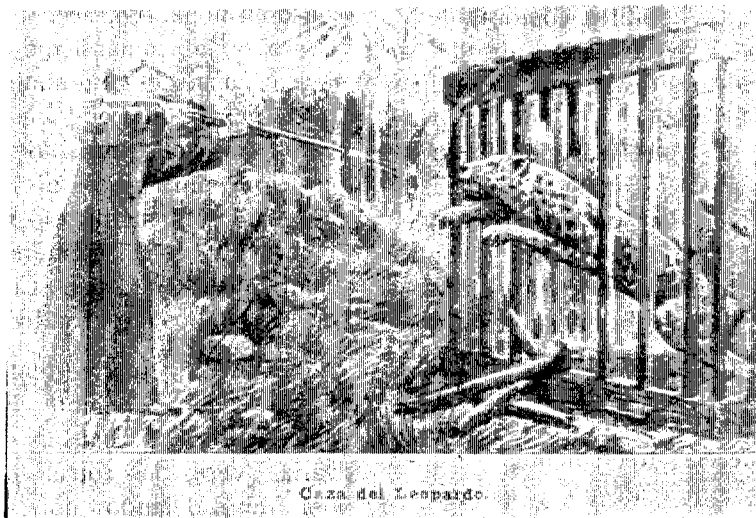
Otras veces no es este cientifismo quien reclama una forma romántica; pueden ser el escenario y la acción misma del relato quienes piden las ampulosas formas que el romanticismo

puso en boga. Así, el tema de las tempestades, tan romántico de por sí, aquí bajo el aspecto de tornados tropicales, hace que Iradier vuelque su gama de colores y notas románticas con descripciones que no se distinguirían de las escritas cincuenta años antes, acaso recordando inconscientemente la naturaleza descrita por Chateaubriand en el grandioso escenario de América,

Antes que a Iradier tendríamos que haber citado al célebre viajero norteamericano Du Chaillu, que recorrió varias veces las zonas del Gabón y del Muni dejando notables descripciones del país y sus gentes en un estilo característico de la época; según otros africanistas posteriores parece que este viajero fantaseó un tanto en sus interesantes relatos.

Y en el siglo actual ha continuado la bibliografía de viajes en esta región, con mayor o menos fortuna, con más verdad o con más fantasía, todo según el talante del escritor, su experiencia del país y sus condiciones literarias. Se publican memorias tan conocidas y clásicas como las de Saavedra Magdaleno, la de Ramos Izquierdo, la del doctor Pittaluga, las de Río Joan... etc., pero ninguna de ellas puede considerarse libro de viajes en el sentido estricto de la palabra.

Dentro de este género recuerdo particularmente, por el hecho de haber sido escrito e impreso en Méjico, en 1918, un curioso libro titulado «Posesiones españolas del golfo de Guinea» que me fué regalado por Don Domingo Domenech, ilustre mexicano de Santander, a quien está dedicado el ejemplar por su autor, Alfon-



Grabado de 1911. Un misionero de Cabo San Juan dispara
contra un leopardo caído en una trampa

so de Lucas de Barrés, ex funcionario en el gobierno de la colonia quien prescribe ampliamente el país, sus gentes, su organización oficial y sus problemas. Todo ello escrito con un aire desenfadado lleno de alusiones y recuerdos personales del autor.

Un escritor importante en la bibliografía literaria de Guinea es José Más Laglera, sevillano, hijo de Benito Más, el autor de aquella novela tan popular entre nuestros abuelos, «La tierra de María Santísima». José Más pasó los años de su juventud en Fernando Poo, a donde tuvo que emigrar para ganarse la vida. Pero después de su regreso a la Península siempre sintió el tirón del trópico y muchos de sus escritos repiten el tema africano. Como periodista también publicó crónicas y artículos en «La voz de Fernando Poo.» Sin embargo, aquí lo traemos por su libro de impresiones de viaje. «En el país

de los bubis», cuyo subtítulo «Escenas de la vida en Fernando Poo», ya nos dice de qué trata. En 1914 había ya publicado «Con rumbo a tierras africanas» de caracteres semejantes al anterior.

En tiempo de la dictadura fué publicado un libro sobre Guinea titulado «Africa la virgen», de Florencio Ceruti, obra ágil, de periodista cartido en las lides del reportaje; no es ni más ni menos que eso, un realista y vivo reportaje. Ceruti fué enviado como corresponsal español de «La Nación» de Buenos Aires, para seguir la expedición aérea de los tres hidros de la escuadrilla «Atlántida» cuyo XXV aniversario se celebró hace unos años.

Describe con vivaz estilo los paisajes y las gentes del Africa Occidental a lo largo de su costa y después los de Fernando Poo y Guinea que visita detenidamente y cuyos problemas trata de sondear.

En vivo contraste con esta obra panegírico constante y acaso un poco hiperbólico del General Primo de Rivera y del General Núñez de Prado, entonces Gobernador General aparece en 1933 el reverso de la moneda con «La Guinea incognita» de otro periodista. Francisco Madrid, tremendo ataque más exagerado aún de la administración española colonial en la Monarquía, de su continuidad a través de la República, de las Misiones, de los coloniales y finqueros, de todo en una palabra. Libro escrito con garbo y mejor estilo que el de Ceruti, tuvo que causar profunda impresión en su tiempo entre las personas interesadas por estos problemas.

En las fechas de uno y otro libro se publicaron varias obras del mismo género informativo entre las que destaca el libro de Julio Arija «La Guinea Española y sus riquezas» que a penas si puede citarse aquí ya que lo literario en él se reduce al mínimo ropaje para encubrir una descripción minuciosa de la colonia.

Por esta época aparecen también una serie de libros escritos por Juan Bravo Carbonel, entusiasta colonial y fino escritor que popularizó el país del Muni en sus artículos publicados en diversas revistas españolas de entonces. Varios de ellos se recogieron en su libro «En la selva virgen del Muni» escritos con recio estilo y recta intención crítica. Menos literaria es otra obra suya «Territorios españoles del golfo de Guinea», más abocada a los temas económicos coloniales. También de este carácter es el «Anecdotario pamue

publicada muchos años después, cuyo título engaña al lector que cree encontrar allí un libro de costumbres indígenas.

Y aquí nos encontramos con Domingo Manfredi, un autor que forzosamente hemos de repartir entre dos capítulos, porque de sus dos obras sobre Fernando Poo la primera es en realidad, un libro sobre las costumbres del país en la que la literatura es enteramente secundaria. El mismo autor lo dice en el prólogo de «Ischulla», premio «Africa» de Literatura en 1950, que no es otra la obra a que nos referimos «Yo no he venido a descubrir, ni mucho menos, a los bubis, sino a vestir la literatura árida de los hombres de ciencia, la narración ingenua de los negros primitivos y la relación deslavada de los testigos que no son letrados con la «fermosa cobertura» que el Marqués de Santillana pedía para los bellos pensamientos: la Poesía, en una palabra.

Y eso es lo que consiguió en su libro: construir un todo armónico que se lee con facilidad y en el que pueden hallarse cuantas noticias sobre las antiguas costumbres de los bubis ofrecen las diversas fuentes etnológicas directas e indirectas disponibles. Y todo ello, enlazado con una leve anécdota narrativa que no merece el dictado de novela, pero que por su estilo fácil y cuidado a la vez hace que hayamos vacilado en incluirlo entre las novelas — pretexto o entre los libros de viajes decidiéndonos por este último encuadramiento, dado

que no tiene la obra una línea argumental indispensable para el concepto de novela.

De auténticos libros de viaje pueden calificarse las dos obras del botánico Emilio Guinea tituladas «En el país de los pámbues» y «En el país de los bubis» muy bien logradas literariamente, a pesar de tener que vencer el lastre que supone la descripción, si quiera sea de pasada, de sus trabajos científicos. Especialmente las páginas iniciales de capítulo, al margen del resto del libro, son verdaderos poemas en prosa. Menos literarias pero

también con exquisita corrección de estilo y arte de escribir, son las obras de los señores Nosti y Báguena, de carácter científico.

Por los mismos años de postguerra aparecen dos libros de impresiones de viajes al territorio español de Guinea. Uno de Agustín Miranda titulado «Cartas de la Guinea» (1940) y otro del doctor Matilla, «Estampas coloniales» (en 1946), más directo y sencillo el segundo, sin a penas presentación literaria, y de más quilates estéticos el primero, escrito en breves notas impregnadas a veces de



Del libro *Africa Española* de D. José M.^a Folch y Torres publicado en 1911 tomamos esta ilustración.

Se refiere a una ceremonia bubi en la que el llamado «cura de diablo» practica su oficio de curandero mágico después de haber recibido buenos regalos.

lirismo y a veces de filosofía pero siempre jugosas y oportunas. Lástima que hacia el final se desvía hacia la cuestión económica, Scila y Caribdis a donde siempre van a caer estos escritores de la época colonial.

Luis Trujeda que fue Administrador territorial, en Río Muni, escribió por esta época un libro titulado «Los pamues de nuestra Guinea» excelente recopilación de sociología y costumbres pamues. Literariamente es correcto de estilo y revela un buen escritor.

Dentro de este grupo de viajes podemos hacer un apartado para los de carácter misional representados — además de los que publicaron los primeros misioneros ya citados — por las dos memorias oficiales de la Orden de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, la primera hoy rarísima de conseguir y la segunda publicada en 1911 por el P. Armengol Coll, magnífica de ilustraciones, hoy ya documentos históricos. Puede considerarse hasta cierto punto continuación de ambas el libro del P. Leoncio Fernández, último Vicario Apostólico, antes del actual, quien publicó en el año 1950 unas «Memorias de un viejo colonial y misionero,» en que, con su estilo personal e inconfundible describe los recuerdos personales de su larga vida misionera, sobre todo los primeros y difíciles años en el continente.

Recientemente acaba de salir una monumental historia de las misiones en la región ecuatorial titulada: «Misiones y Misioneros en la Guinea Española» del P. Cristóbal Fernández, C. M. F.

Hay también un libro sobre Guinea que suele pasar por novela y como tal se vende, pero que en realidad es un libro de viajes, escrito por un novelista tan conocido como Bartolomé Soler. Este hizo un viaje a aquellos territorios y como resultado de él escribió «La selva humillada» en 1951 en que recoge sus impresiones acerca del país y de sus gentes. Muy atrayente el libro, recoge en sí una visión bastante completa e interesante. Sin embargo podría reprochársele al autor el no haberse esforzado en procurar comprender el mundo del indígena. El escritor queda fuera de él y lo contempla y lo describe como algo extraño y, lo que es peor, inexplicable. Como contrapartida hay que felicitar a Bartolomé Soler por su sinceridad y nobleza al no querer explotar un tema que hubiera podido proporcionarle base para varias novelas bien administradas. Ha preferido contar las cosas como él las vio e interpretarlas según su personal sentir.

No todos pueden decir lo mismo. Por otra parte, en el estilo brilla su calidad de magnífico escritor, y la obra, a pesar de carecer de trama argumental, se lee con interés hasta el final.

También podríamos citar aquí el libro «Guinea» de José Esteban Vilaró, constituido por una colección de vivas estampas de carácter marcadamente periodístico, perfectamente hilvanadas en un relato de viajero que sabe ver y calar en lo que ve. Tiene calidades literarias muy notables en las descripciones, pero el mayor mérito de esta obra es el compagi-



Curiosa escena de caza grabada en un libro de viajes de 1911
y desarrollada en Cabo San Juan (Rio Muni)

nar lo puramente geográfico —datos, fechas y nombres— con lo descriptivo y con lo intrascendente y lo cotidiano. Esto último es precisamente lo que da calor a estas impresiones, que en ese aspecto superan a otros libros sobre el tema.

Acaso se halla en el libro alguna exageración y también puede objetársele el haber limitado su campo de acción al ambiente de las ciudades, Santa Isabel y Bata, dejando sin tocar el tema de la vida en el bosque y en la finca. Puede esto ser una imposición de las dimensiones del libro, perteneciente a la colección «Esto es España».

Podemos clasificar también dentro de los libros de viajes un género literario que proporcionalmente ha sido poco cultivado: los libros de caza.

No deja de ser extraño que constituyendo nuestra provincia de Río Muni uno de los mejores cazadores en el África de hoy sea tan reducida la

bibliografía cinegética. Al menos con valor literario, sólo hay dos libros, que yo recuerde. Una de ellos, el de Ramón Tatay, «La caza en Guinea» encierra abundantes páginas dignas de figurar en una antología no por exceso de artificio literario, sino por saber relatar con sencilla naturalidad las cosas del bosque, dándoles un toque levemente poético teñido de cierto humor irónico, que destaca sobre todo en los textos al pie de las numerosos fotograbados del libro.

El otro a que me refería no muy ortodoxo citarlo, pues fue escrito por mí en colaboración con Juan Chicharro Lamamié de Clairac, pero tampoco es razón la falsa modestia para excluirlo de una antología de tan escasas obras a seleccionar. Se titula «En el país de los elefantes» y fue publicado en Barcelona en 1960. Como no valdría la autocrítica en este caso, he entresacado de las reseñas aparecidas en la prensa y en las re-

vistas de caza las opiniones más ecuanímenes y de ellas deduzco que las cualidades más salientes de nuestro libro son la sencillez de estilo y, sobre todo, el interés, fundamentado en el carácter subjetivo de la descripción.

La novela—prelexio

Vistos estos libros que hemos englobado como literatura de viajes, nos enfrentamos ya con la novela, pero en un primer grupo en el que pondremos aquellas obras que, aún siendo de imaginación y con argumento, son sólo una excusa para encajar al lector una lección de geografía, de historia, de política colonial o... de anticolonialismo. Por eso las he llamado «novelas—pretexto» aludiendo a su verdadera finalidad o como ahora se dice, a su «compromiso».

El libro más antiguo que puede encajarse dentro de la novela—pretexto es el firmado bajo el seudónimo «Donacigue» publicado en Madrid en 1886 bajo el sugerente título «Aventuras de un piloto en el golfo de Guinea, que presenta una serie de consideraciones sobre los problemas de la deportación, la emigración y la colonización entreveradas con las andanzas de un recién estrenado piloto, que hace su primer viaje precisamente a la Guinea, y que, apresado por los ingleses, so pretexto de la represión de la trata, es desembarcado en Annobón donde a la sazón el único blanco es un sevillano deportado allí por el Gobierno.

Este hombre, ya entrado en años, es el que hace de «cicerone» del re-

cién llegado piloto y, entre uno y otro se las arreglan para dar al lector una prolija idea de las características físicas y humanas de la pequeño isla. Puede suponerse lo extraño que resulta leer en labios de aquel rústico y malicioso personaje extensos párrafos con notables reflexiones morales y políticas sobre las colonias; y en los del joven piloto frases como éstas: «Las islas citadas están compuestas de rocas volcánicas de origen ígneo y predomina en ellas la roca traquítica en forma terrea descompuesta sin que, como siempre sucede, deje de hallarse en forma pétrea y algunas rocas basálticas entrelazadas con algún sedimento y lávicas en pequeñas y reducidas proporciones que, como en el cráter, atraviesan la traquita y el basalto». He copiado íntegro el párrafo para dar una idea del pedantesco estilo de la obra que no concierta con el tono de aventura que en la primera parte de ella quiso darle el autor.

En el prólogo se promete un segundo volumen sobre las posesiones españolas en África y un concreto estudio (?) de la isla de Fernando Poo, pero, desgraciadamente, el ejemplar que poseo sólo abarca el primer tomo con lo que me he quedado con ganas de conocer las nuevas aventuras del «joven piloto».

Muy poco conocida es una obra de este género, escrita por el agricultor catalán don Joaquín Rodríguez Barrera, creador de una de las firmas más importantes de Fernando Poo. Este libro, que inexplicablemente, (aunque el autor trata de explicarlo en el prólogo) aparece como el tomo IV de un «Manual del agricultor en Guinea» lleva una cubier-

ta en campea un título distinto al de la portada interior. «Mobbe, un negro de Fernando Poo», dice aquél; se ve que en 1931 ya la propoganda editorial sabía enfocar la curiosidad del público hacia los temas que años después, hoy, habían de ser los más candentes. El pretexto literario es aquí el viaje de un joven maestro bubi, recién graduado en la Península, que vuelve a su tierra y choca allí con el atraso y costumbres ancestrales de sus paisanos a los que apenas consigue convencer.

Merece ser citado otro librito titulado: «Estupendos misterios de la Guinea casi española o Exposición Permanente de nuestro desastre colonial» cuyo autor es Eladio Antonio Rebelló, o al menos así aparece su nombre en la portada. Impreso en Madrid sin indicación de año por las noticias que a lo largo de él aparecen se ve que fue escrito en 1933 o 1934, en plena República.

Es un libro de humor acerbo, retorcido, expuesto bajo la forma de un relato, en que se describen las incidencias sucedidas a un funcionario colonial (don Miserando Pejiguera), prototipo del funcionario sevil y trepador. El relato se continúa con las andanzas de un español acomodado que desea invertir sus ahorros en la explotación de una finca.

El autor aprovecha todos los sucesos descritos para fustigar la política colonial española, especialmente en los últimos años de la Monarquía. Se manifiesta republicano de izquierdas, probablemente socialista, con ribetes de un anarquismo típicamente

celtibérico. A medida que avanza el libro, se ve su desilusión al comprobar que los gobernantes de la República caen en los mismos defectos de sus predecesores.

Dentro de su caos ideológico (en el que abre una curiosa excepción a favor de los misioneros, a pesar de que se confiesa ateo) late siempre un soterrado amor a España y una noble xenofobia, dirigida especialmente contra los alemanes, protegidos entonces en la colonia por el gobernador general don Gustavo de Sostoa y Staemer, de origen teutón, a quien el autor encubre bajo el seudónimo de «Gustoso de la Siesta y Estate Quieto».

A propósito de esto, resulta entretenido descifrar bajo los seudónimos que aparecen en la novela los nombres de lugares y personas conocidos: «San Calinez» (San Carlos) «Doctor Pinchaúva» (Doctor Pittaluga), «Máximo» (Maximiliano Jones), «Manso Blanquel» (Bravo Carbonel)

El autor se ve que conocía bien la vida colonial y la refleja con crudeza en exageradas situaciones. A pesar de su tendencia, a la que subordina todo interés de la trama el librito resulta de lectura amena y es preciso reconocer que existieron varios de los defectos acusados por el autor, si bien no en el grado que él señala. Concretamente, al hablar de la recluta de braceros en el continente censura abusos, pero exagerando de tal modo la nota, que llega a inculpar como principal beneficiario de aquel estado de cosas en la colonia nada menos que

a Alfonso XIII a quien supone manejando personalmente las concesiones.

Domingo Manfredi Cano, a quien ya hemos citado en el apartado anterior, publicó otra obra en 1957 que puede clasificarse sin ninguna duda entre las novelas, aunque sea entre las de tipo novela—pretexto ya que su finalidad es enhebrar una serie de hechos históricos y sociales representativos de la política de colonización española y de cristianización en la bella isla del golfo de Biafra a través de tres leves tramas argumentales unidas por el parentesco de una familia bubi a lo largo de los tiempos.

Las tres épocas son, respectivamente, 1788 llegada de los primeros españoles con la expedición Argelejos; 1888, en plena época de expansión hacia la parte alta de la isla 1945, con el problema actual en que dos descendientes del protagonista bubi del primer relato, uno

sacerdote y otro médico exponen sus ideas religiosas y políticas distintas y contrapuestas, pero generosas ambas. Uno y otro personaje son reiteración de ese tipo corriente en la literatura europea colonial, del indígena europeizado que regresa a su país con ideas nuevas, tipo que ya vimos iniciaba en nuestra novela Joaquín Rodríguez Barrera en su «Mobe»

Las tres épocas y los tres relatos están simbolizados en los subtítulos: Naturalez', Hombre y Dios. El propósito es distinto del del autor de «Ischulla» y no cabe duda de que ha sido logrado plenamente, ya que el lector recibe una serie de conocimientos históricos filtrados en una amena narración. El estilo ágil y literario del autor resplandece a lo largo de la novela y coopera a disminuir la sensación de hallarse ante una obra más «comprometida» que puramente artística.

(Continuará)

Datos históricos sobre el origen de la Misión de la finca de Banapá. Finca modelo y madre de innumerables fincas de la isla y de países extranjeros

Por el Hermano Andrés Perarnau, c. m. f.

(NOTA: Continúa la relación de los trabajos realizados por la Misión para la colonización de Fernando Poo)

Vienen las ardillas

Los miles y miles de palmeras que se habían plantado hubo que hacerlas desaparecer porque en ellas se criaban enormes ejércitos de ardillas que se comían el cacao. Con el corte de las palmeras, sin embargo, se anticipó la muerte de la finca. La sombra no estaba bien espaciada ni bien proporcionada. En la finca había grandes claros sin sombra alguna y esto ocasionó la quema y prematura muerte del cacao en todo el lado de la carretera donde escaseaba la sombra, quedando el cacao vivo y lozano a la sombra de los grandes árboles, sobre todo de las higueras, donde actualmente en 1934 vive todavía en perfecta producción. De no haber cortado las palmeras, con la sombra alta y uniforme, se hubiera conservado el cacao.

Construyeron una amplia Capilla

Tocando de nuevo el asunto de la casita o caserón, de ella dice la historia que no se habitó hasta marzo de 1884. Se preparó en ella alojamiento

para un Padre y para el Hno. Miguel para que éste no tuviera que bajar y subir todos los días en plenas lluvias. Después se fué agrandando de suerte que al llegar la expedición de enero del 85 pudieron quedar allí cinco Hermanos. Antes de salir estos Hermanos para Corisco y Cabo S. Juan construyeron una amplia capilla de tabletas y nipa para el público que sirvió después para el colegio de Artes y Oficios. A dicha capilla asistían los bubis haciendo con gran solemnidad los actos religiosos.

Nuevos seres en la granja

En octubre se inauguró el palomar y se compraron los primeros cerdos que tanto se multiplicaron después; los trajo el P. Ramírez de Annobón.

La finca se iba agrandando, teniendo ya desboscadas y preparadas otras varias hectáreas de modo que en este mismo año se compraron ciento cincuenta piñas más de cacao para la siembra. El total de piñas compradas y sembradas en 1885 es de trescientas cuarenta y seis. En el mes de di-

ciembre terminaron su contrato los ocho primeros trabajadores que dieron principio a la finca con el capataz Evaristo. Fueron reemplazados por otros 22 también del Kru al frente de los cuales se puso un capataz llamado Jimeno.

Nuevas plantas en la granja

Con la numerosa brigada de trabajadores krumanes llegados en diciembre, creció rápidamente el desbosque durante la seca preparando multitud de hectáreas para la estación de las lluvias. Tan pronto como pudieron compraron piñas para siembra; unas 70 en mayo, haciendo en julio una compra y siembra de 400 piñas, quedando ya desboscados y plantados los dos lados del camino central hasta el final; en total unas cuarenta hectáreas. Parece que la loma y escarpe del río Cónsul lo destinaron a otra industria: el tabaco, que comenzó a plantarse este mismo año.

Llegan a la granja miles de cocos

En la primera quincena del mes de mayo el P. Ramírez fletó un barco, el «Nubia», para llevar carga a Annobón; Fue él a bordo y trajo enfermo al P. Vila. Esta debió ser la ocasión en que trajo varios miles de cocos para plantar en la finca. Se plantaron a lo largo de todo el camino central y en todos los guardarrayas de las hectáreas plantadas de cacao y asimismo alrededor del gran patio del colegio de Artes y Oficios plantando también árboles de pan y naranjos. El límite N.E. desde

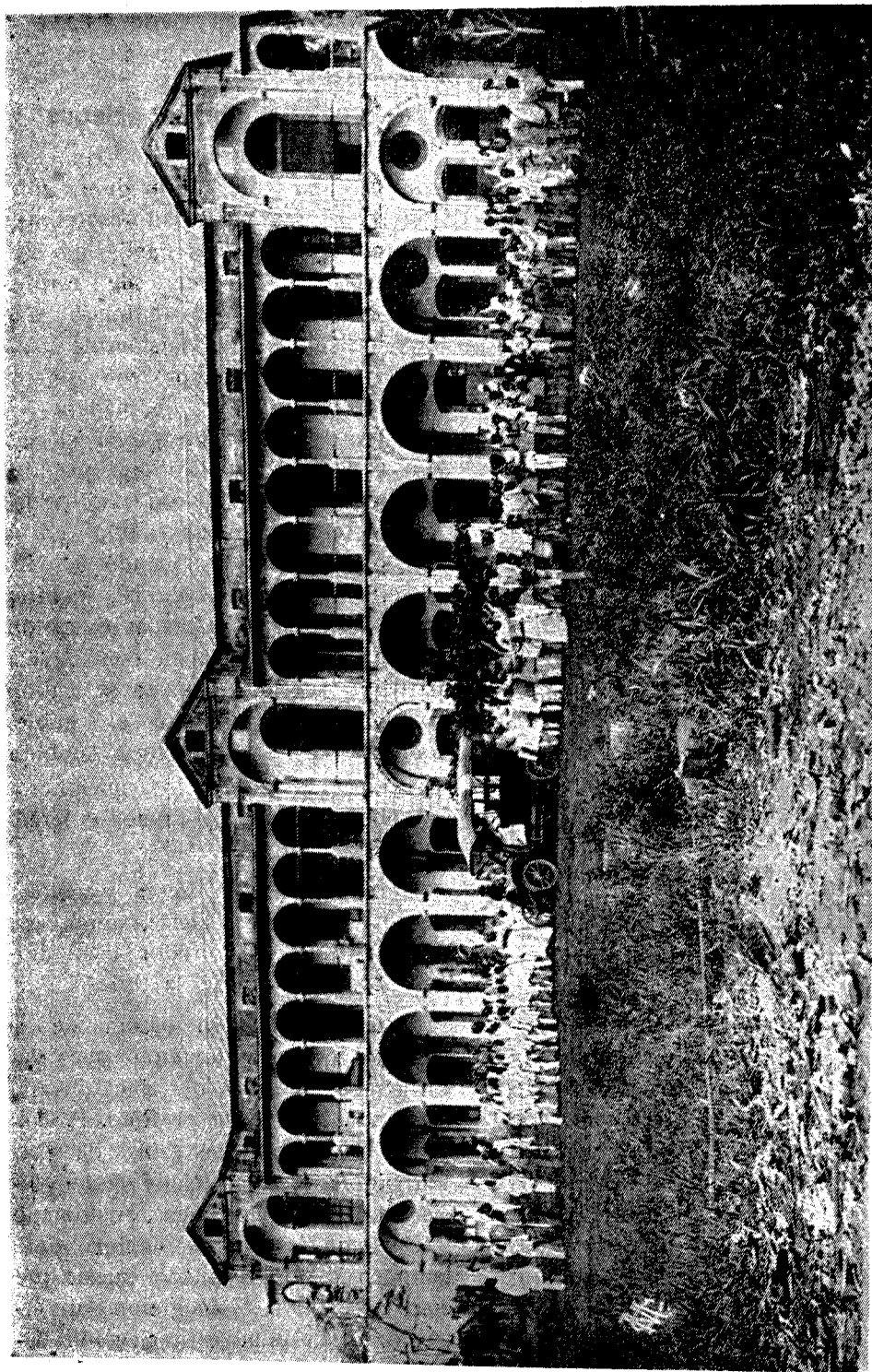
el camino de San Carlos hasta el río Cónsul lo plantaron de mangos

Sanatorio y primer enfermo

Ya a principios de año comenzaron las obras del futuro gran colegio con una actividad asombrosa, llegando a tener seis parejas de aserradores y gran número de carpinteros y albañiles. Lo primero que hicieron fue la casa—misión, de mampostería, los cimientos con pilares de ladrillo y tabique de madera en el interior; de ladrillos, todo el cuadro exterior hasta el primer piso, el cual era de madera con oho celdas y un corredor de un metro en el centro. El tejado lo mandó de Inglaterra el hermano del P. Ramírez consistente en unas chapas de cartón piedra que se sujetaban con clavos; de esta suerte en marzo se cubrió ya la casa y en julio s. habitó formalmente y se destinó también para sanatorio de los misioneros siendo el P. Vila el primer enfermo que lo inauguró.

La casa era baja, fresca y cómoda orientada de Este a Oeste, sombreada por la iglesia. Un corredor la comunicaba con el coro de la iglesia.

El tejado de cartón piedra de la casa no resultó y tuvieron que cubrirla con planchas de zinc al año siguiente. Más tarde el Rmo. P. Coll probó de usar dichas tablas de cartón piedra para el tejado de la iglesia preparando un buen entarimado y clavando las chapas encima, pero tampoco dieron resultado puesto que con el sol se encogieron y arquearon. Sin quitarlas se clavaron lis-



En la finca de Banapá edificaron los misineros este, entonces, gran Colegio de Artes y Oficios. A la izquierda se distinguen los colegiales, en el centro el famoso «ford», el primer automóvil que llegó a Guinea, a la derecha, la banda de música del colegio

tones encima cubriéndolas después con planchas de cinc y así continuaron hasta que en 1912 se desmontó el tejado. Para que la iglesia no fuera derribada por los torrados tenía tres tirantes de hierro que ajustaban ambas paredes pasando por dentro a la altura de la cornisa.

La iglesia con la casa formaban el ala norte. Terminada ésta, se empezaron los cimientos del ala N. O. también de mampostería medio metro de altura, con pilares de ladrillos, piso de madera y tejado de planchas acanaladas, al contrario del ala Este en que las planchas del tejado eran de cinc puro y lisas. El ala Sur era de mampostería hasta tres metros de altura con piso de madera y galería. Servía de escuela y dormitorio de los niños, formaba el conjunto un paralelógramo de 85 metros de largo por 60 de ancho, con una plaza interior de 46 metros de ancha, cerrados sus cuatro ángulos en forma de chaflán con grandes verjas de hierro. Parece que las verjas las puso el P. Coll al poner la vía férrea en 1891.

A los 22 meses

Para que se vea la actividad extraordinaria del P. Ramírez diremos que al mismo tiempo que se hacían estas obras, se estaban haciendo las casas para las misiones de Batete y Elobey, que fueron teminadas en Octubre, y para las de Corisco, Concepción y Annobón. Por eso dejó la iglesia de Banapá para mas tarde. El director de albañiles y carpinteros seguía siendo el Hno. Jaime Miquel.

Esta pasmosa actividad parece que se pegó e las plantas de la finca pues el cacaotal se desarrollaba de modo extraordinario y en agosto se llenó de flores y pequeñas piñas todo lo que se sembró en diciembre del 84, o sea hacía solamente 22 meses, cosa casi increíble. También la plantación de tabaco hecha en marzo y abril estaba dando una prueba eficacísima de lo bien que se podía explotar.

Entusiasmado el P. Ramírez por tan felices éxitos escribió a Madrid a los superiores felicitándoles las Navidades y comunicándoles sus impresiones. Y como el cacao se había desarrollado con tanta rapidez, promete mandarles para marzo chocolate y puros de excelente aroma producidos y fabricados en la finca de Banapá.

Entusiasmo y Progreso

El P. Ramírez, animado por estos resultados, concibió el plan de agrandar mucho más la finca, pero parece que no se atrevió a comunicárselo a sus superiores por escrito, sin duda a causa de los gastos que la explotación estaba ocasionando a la Congregación; por eso pidió una entrevista en Canarias con el Superior General Josè Xifré. Este accedió a los deseos del P. Ramírez y organizó para Guinea nada menos que una expedición de 14 Hermanos y siete Padres. Además de este refuerzo de personal se contrataron 32 basás para sustituir a los 22 krumanes que terminaban su contrato a finales de este año de 1886.

AÑO 1887**Más trabajadores y más hectáreas**

El día 7 de enero llegó la magna expedición, pero el P. Ramírez estaba tan embebido en los trabajos de la finca, que no bajó a recibirlos. Ellos venían llenos de entusiasmo y habían preparado un cántico de saludo. Subieron a Banapá y le hallaron atareado en marcar hectáreas de cacao. Recorrieron con él la finca admirando los progresos del cacao y del tabaco. De los 14 Hermanos recién llegados el P. Ramírez escogió al Hno. José Crespo para primer finquero de Banapá. Le conocí y viajé con él desde San Carlos a Santa Isabel. Después, dejada la finca, años más tarde, salió de la Congregación.

Viaje de exploración y algo contra los envidiosos

La actividad del P. Ramírez lo abarcaba todo. Tenía terminada la casa de Batete en octubre del año anterior, 1886. La habían hecho de madera en Banapá. Ahora urgía salir a explorar para buscar el lugar más a propósito para instalarla e implantar así la nueva Misión.

Habiendo preparado un bote con cuatro krumanes, él, otro Padre y dos Hermanos emprendieron el viaje. El capitán del bote quiso acompañarles y llevar el timón. Sin experiencia del país hicieron el disparate de salir por la tarde. Los krumanes se cansaban de

remar. No hacían más que salir y ya rompieron un remo. Les cogió la noche en Punta Europa. A las once, cansados y desanimados, se acercaron a tierra y bajaron los Padres y el Capitán. Los krumanes y los Hermanos se quedaron a dormir en el bote. Echaron mal el ancla y el bote amaneció en alta mar. Es una historia muy larga, pero el resultado es que tardaron tres días en llegar a Batete.

El P. Ramírez, señalado el sitio de la Misión, volvió lo antes posible con el capitán del barco, pues tenía que embarcarse para Canarias a fines de enero para tener la entrevista con el Rvmo. P. José Xifré.

Señaló en Banapá los trabajos más urgentes de la finca y de los operarios carpinteros y albañiles y aserradores y se embarcó para Canarias donde conversó largamente con el Rvmo. P. Xifré sobre los planes de la finca y de las nuevas Misiones.

A fines de febrero se embarcaba de nuevo para la Colonia donde llegó el día 14 de marzo trayendo consigo 39 krumanes además de los 32 basás que había en la finca, con lo que se formó un total 71 braceros.

SI, 71 (SETENTA Y UNO) braceros para tapan la boca a todos los mantenidos, acoopleados y envidiosos que han hecho tanto ruido diciendo que la Misión ha hecho sus fincas CON LOS NIÑOS DE LOS COLEGIOS.

(Continuará).

Por tierras de Africa

CONGO:

Muerte del Superior General de los Misioneros "Siervos de los Pobres" a causa de las torturas de los simbas.

Roma (AIF) — La Congregación de los "Misioneros Siervos de los Pobres", con Casa madre en Palermo, Italia, ha confirmado el anuncio de la muerte del Superior General del Instituto, Revmo. Padre Francisco Spoto, ocurrida trágicamente en el Congo.

El Revdmo. P. Francisco Spoto ha sido una nueva víctima del odio de los rebeldes "Simbas". Este ilustre religioso murió el 27 de diciembre de 1964 a consecuencia de los malos tratos recibidos de los Simbas. Tenía 40 años de edad.

El Padre Spoto salió de Italia el 4 de agosto de 1964 para visitar en el Congo a los tres miembros del Instituto que trabajaban como misioneros aquel país y que a raíz de la situación, han tenido que abandonar ahora temporalmente sus puestos de misión. El precipitarse de los acontecimientos encontró al Padre Spoto en compañía de sus hermanos de Instituto y quiso permanecer con ellos compartiendo su suerte.

Del espíritu misionero del P. Spoto es revelador el hecho de haber sido él quien abrió al Instituto el campo de las misiones. Al ser elegido Superior General del Instituto, cuando contaba sólo 35 años de edad, en 1959, había dicho: "Es también ideal mío... difundir la caridad de Cusmano (el Padre Santiago Cusmano, fundador del Instituto) en tierra de misión. La participación en las misiones es un programa perfectamente concorde con el espíritu del Fundador. Es justo y obligado por tanto que la Congregación dé su contribución a las misiones". Pocos días después, partirá para el Congo el primer Misionero Siervo de los Pobres. (Fides, 27-1-65.)

CONGO:

Confirmada la muerte de 3 misioneros javerianos y de un sacerdote congoleño a manos de los rebeldes.

Roma (AIF) — El Superior General del Instituto de los "Misioneros Javerianos de Parma", después de confirmar la noticia con testimonios directos, acaba de anunciar la muerte violenta de tres miembros del Instituto y de un sacerdote congoleño, ocurrida el 28 de noviembre de 1964, a manos de los rebeldes congoleños.

Las víctimas son:

Padres:	Juan Diodoné	Italiano	34 años de edad
	Luis Carrara	"	31 " " "
Hermano:	Victorio Faccin	"	30 " " "
Rvdmo.	Joubert	Congoleño	

Estos sacerdotes y hermanos asesinados por los rebeldes, trabajaban, como todos los misioneros javerianos, en la diócesis de Uvira, provincia de Kivu. Parte del territorio diocesano fué ocupado por los rebeldes en mayo de 1964 y estos estuvieron instalados en la capital de la zona durante varios meses. Ya entonces, el Obispo de Uvira, Mons. Danilo Catarzi, y 16 misioneros Javerianos, fueron encarcelados y maltratados por los rebeldes, pero fueron liberados a primeros de octubre.

La información sobre el asesinato de las citadas víctimas describe el hecho como sigue: la tarde del 28 de noviembre, un automóvil se detuvo delante de la Iglesia de Baraka, donde el Padre Carrara estaba confesando. Uno de los cabecillas rebeldes, calificado coronel, salió del coche e invitó al Padre a subir al automóvil. Cuando el Padre se disponía a hacerlo, un disparo a las sienes le dejó sin vida. El mismo coronel disparó luego contra el Hermano Faccin, que al oír el precedente disparo acudía en socorro del Padre, matándolo al instante. Luego el coronel prosiguió su marcha hacia Fizi, situado a unos 40 kilómetros de Baraka, y, en circunstancias todavía no del todo aclaradas, asesinó al Padre Juan Didoné y al sacerdote congoleño Joubert.

Los cristianos del puesto asistieron aterrorizados a la matanza y, después de marchar la banda rebelde, dieron sepultura a las víctimas, recogiendo y guardando los objetos que llevaban consigo los misioneros, entre ellos el Breviario del P. Carrara. Algunos cristianos han sufrido más tarde la cárcel y malos tratos a causa del interés y amistad demostrados a los misioneros.

El mismo Superior General del Instituto de los Javerianos de Parma comunica que se encuentran todavía en zona rebelde, concretamente en Nakiliza, 2 Padres del Instituto —Lorenzo Camorani y José Veniero—, pero al parecer no corren peligro. (Fides, 27-1-65).

CONGO:

Más misioneros Dominicos asesinados

Roma (AIF) — Aunque recibida con retraso la información, damos la lista de otros Dominicos misioneros asesinados el 26 de noviembre de 1964 en Watsa, diócesis de Ntangara, Congo.

Padres: Valentín Pedro Dox, Francisco Hilario Dox, Reginaldo Alejo Duchesne, Lorenzo Carlos Jacobs.

Hermanos: Jaime Miguel Baeyens, Pedro Mauricio Broche. (Fides, 13.2.65.)